

BUEN

HUMOR

22. FEB. 1925

NUMERAL
WAGNER

22. FEB. 1925

40
CÉNTIMOS



Barbena



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

CUPÓN

correspondiente al núm. 169

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

16.—De Aranjuez.

: II
R
CUERDA

17.—¡A mí no me da por ahí!

100 CINCO A AÑOS

LOS

famosos
POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEVER Y COMPAÑÍA

SON

infalibles para la destrucción de toda clase
: :: de insectos :: :



SOMBREROS BRAVE

6 · MONTERA · 6

18.—Punta.

ORIENTE SUR NORTE N

Los ejemplares atrasados

de

BUEN HUMOR

correspondientes al año 1924, se venden en esta Administración al precio de CINCUENTA céntimos.

Los de años anteriores, al de UNA peseta.

Cupón núm. 4

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de febrero.

19.—Vestidura.

—Presencias el *primo-cuarto* del Solt
—Si; me distraigo así. Es el *tercio-primo* gusto que puedo darme.
—A mí me entretiene más leer *segunda-segunda*.
—Así no acabará nunca el *fodo* que has de border al llo Celestio.

20.—Un dicho.

CEVECERÍA
CERVECERÍA
PONIENTE
MEDIODÍA
V. LON
VANGUARDIA

21.—Vehículo.

501
R Í O
VOCAL

22.—¡Hay quien se casa así!

NIEGA ÉL
10000
R
RICA TELA—VOCAL



Si usted fuma

tendrá los dientes amarillos. Pero no se preocupe y siga fumando, que usando a diario

PASTA DENS

ostentará usted una dentadura blanca y brillante y tendrá la boca fresca y perfumada.

PERFUMERÍA GAL. - MADRID

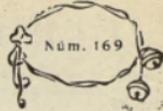
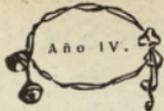
DESCONFÍE USTED

de quien le ofrezca los productos de la Perfumería Gal a precio más reducido. En todos los comercios de España, Baleares y Canarias, se venden a los mismos precios que en nuestras tiendas al detall. Es lógico sospechar de quien resista al modesto margen de utilidad en la venta.

TUBO
2 pts

El impuesto del Timbre a cargo del comprador.

Ayuntamiento de Madrid



BROMITAS DE CARNAVAL



os quejamos los vecinos de Madrid de las molestias que nos ocasiona el Carnaval callejero? No nos falta razón, pero tampoco es cosa de poner el grito en las nubes. El hecho de que durante las tardes del domingo al martes de Quincuagésima y con el único fin de proteger la diversión oficial de unas cuantas golfas vestidas de hombre, de unos cuantos hombres vestidos de golfa y de unos cuantos pollos bien vestidos... de cualquier cosa, quede totalmente incomunicado con el resto de la población el populoso barrio de Salamanca, es lamentabilísimo, pero no tanto como para recurrir al pistoletazo o al sublimado corrosivo.

El que no ha tenido la desgracia de residir en un pueblo durante los gloriosos días de las Carnestolendas, ignora, indudablemente, lo que es el aburrimiento, la amargura y la desesperación. Nuestra ilustre villa y corte, comparada en Carnavales, con los pueblos, es el paraíso terrenal, pese a la marcha veriginosa de los automóviles, a los baches del adoquinado y a las barricadas erigidas por la empresa del Metro.

Prescindiendo de la ordinaria, de la chabacanería, del mal gusto y de la brutalidad, que son elementos esencialísimos de todos los Carnavales actuales, desde el de Madrid hasta el de Mataporquera, hay que reconocer que aquí podemos abstraernos a ciertos espectáculos que en los pueblos es imposible evitar.

En los pueblos, todos los habitantes se conocen mutuamente. Cada cual sabe al pie de la letra la vida y milagros de su vecino. No hay fraude que quede ignorado, ni aventura que pase inadvertida, ni trapiqueo que permanezca inédito. Cuando un padre de familia comete la liviandad de hacer de menos a su distinguida esposa con cual-

quier pelandusa de los alcañones, todo el mundo se percató detalladamente del suceso. Cuando una moza soltera se permite la licencia de consentir que su novio le infiera un beso en los morros o le ponga la mano en las caderas, por no decir en otro lugar más redondeado, todo el vecindario conoce el hecho con pelos y señales. Cuando el señor alcalde cobra fraudulentamente unos gases por hacer la vista gorda ante ciertos abusillos administrativos, toda la población se entera... Y lo que durante cuatro, seis, diez meses estuvo callado, se proclama con la mayor desfachatez al llegar los Carnavales.

De nada vale que los interesados, sospechando la pública divulgación de sus pesadillas, no salgan de sus casas. Las máscaras penetran en las casas, buscan al pecador por alcobas y

cocinas y valiéndose del absurdo derecho que conceden los antifaces sacan a colación la falta cometida.

Y esto es horrible. Las máscaras confunden lo sagrado de la vida con la inmunidad de la careta. Creen que ésta les autoriza para ensuciarse bonitamente en aquella. No comprenden que por encima de todas las llamadas bromas—que tienen de tales lo que yo de accionista del Banco de España—está la respetabilidad de los hogares, ante cuyas puertas debe detenerse el dios Momo, representado generalmente por la grosería, la incultura, la obscuridad, la baladronada, el sarcasmo y, lo que es peor, el odio y la venganza personal. ¿Qué sería de nosotros, si nuestro sosiego, si la paz de nuestra casa dependiese de la discreción de un vecino disfrazado de cocinero o de una comadre de zarzapastosa?

Yo pasé unos carnavales en un pueblo y sufrí muchísimo, más que si me hubieran leído unas «glosas» de don Eugenio d'Ors. Nadie me conocía, nadie podía ponerme las calzas al descubiertas, y, sin embargo, pasé horas mortales. Al dueño de la fonda le hablaron de unos gatos que tuvo la bondad de servir a sus huéspedes en guiso de conejos, y a una de las criadas le justificaron la procedencia de unos zarcillos—muy cursis por cierto—que adquirió mediante determinadas concesiones que otorgó a un fornido gañán de la aldea inmediata, que olía a estíferol y que, según verdadero testimonio de la máscara denunciante, atesoraba una copiosa cifra de pulgas reparadas por la dilatada superficie de su corpaehón.

Desde entonces, huyo, como de la muerte, del Carnaval pueblerino. Prefiero el de Madrid, aunque el señor alcalde, por complacer a cuatro gandulas y a cuatro marmarrachos, deje aislado del resto de la villa y corte mi pacífico barrio de Salamanca.



Dib. SILBENO.—Madrid.

MARCIANO ZURITA

LA MÁSCARA "VICEVERSA"

Jacobito se propuso pasar el mejor día de su juventud disfrazándose, sin haber leído, en todos los humoristas, que es costumbre que se aburrían las máscaras.

Jacobito alquiló un traje de torero, plata y verde, que no tenía más defecto que estarle un poco holgado de trase-ro; y con un gracioso aspecto de Sina-literaria de Ricardo León, se lanzó a los paseos de la capital en la tarde del martes.

Lo primero que notó fué que no tenía un bolsillo serio donde meter las ma-

nos, y las tenía que llevar atrás, que no resultaba nada flamenco, o llevando el paso taurino, que le resultaba demasiado flamenco para ir sólo.

Decidió alternar ambas posturas; con lo que unas veces parecía que iba aburrido y otras daba motivo para que se rieran de su pinturería solitaria.

Lo malo es que no se encontraba con ningún amigo...

¡Ah, qué alegría! Aquel rubio, aquel rubio... ¿de dónde le conocía Jacobito?

to?... Pero eso no importaba, Jacobito dió un trote y se lanzó sobre su amigo: —¡Hola, hola, rubiales! ¡No me conoces; no me conoces!...

El rubio le miró de arriba a abajo, sonrió con cara de incertidumbre y dijo:

—Yo creo que eres... Ricardo.

—¡Atíza!

—No, no; no eres. Ricardo tiene más gracia que tú.

—Oye, ¿y quién es Ricardo?

El rubio, para sonasacar amistades de la máscara, dijo sinceramente:

—¡Hombrel K-Hito, el dibujante.

—¿Y de qué conoces tú a K-Hito?

—preguntó Jacobo para enterarse poco a poco de quién era su embromado.

—Del café de Jorge Juan, que vamos a los jueves de los Humoristas.

—¡Ah! ¿Tú eres humorista?

Pero la máscara se había pasado de viva. El rubio se detuvo, miró detenidamente otra vez al torero, le miró por detrás, bamboleó un pellicco de la tela trasera para demostrar lo ridículo del traje, puso las manos sobre los hombros de Jacobito, y le dijo un poco serio, con la mirada en las narices del antifaz:

—Vamos a ver, ¿quién soy yo?— y poniendo voz de máscara:— ¡No me conoces; no me conoces!...

Jacobito se echó para atrás la montera, se rascó la cabeza, suspiró hon-do, miró él ahora de arriba a abajo al rubio, y dijo:

—Yo creo que eres... yo creo que eres... un hijo de don Carlos Arniches. El arquitecto.

—¡Agarra!

—Entonces... entonces... un hijo del general Sanjurjo. El aviador...

—¡Ardear!

—No, no; tampoco. Pero yo te conozco a ti, yo te conozco a ti... O, mejor dicho, a usted.

—Sí, sí; es fácil... Pero esto se resuelve de un modo muy sencillo—dijo el joven rubio—; ¿cómo se llama usted?

—¿Yo? Jacobo López.

—¡Ah! ¿Es usted Jacobito? Pues palabra, que con ese traje de torero y con ese antifaz, no le había conocido.

—Bien, pero... ¿quién es usted? que yo no recuerdo...

Y el hombre rubio, dando media vuelta y rompiendo la marcha, exclamó con voz de máscara:

—¡No me conoces; no me conoces... y desapareció.

Jacobo le vió marchar, se echó luego las manos a la espalda, y se dirigió hacia su casa con la cabeza baja, pensando en quién sería aquel muchacho rubio... que él conocía de algún sitio.



Dib. ZAPATA.—Santiago.

LOS DOCTORES EN CARNAVAL

—¡Lo que más me ofende, don Paulino, es que al pasar por La Castellana nos hayan dado el premio de máscaras a piel...

ANTONIO ROBLES



Dib. Gassoo.—Madrid.

—Pero ¿qué narices os voy a dar por una perra gorda?..

SE HA ESCAPADO UN DEMONIO

ABSURDO CARNAVALESCO

I

Leandro Montes, tras de introducirse con grandes trabajos en el *monos* de color rojo, se colocó ante el espejo del armario de luna y dedicó una larga mirada a su estrambótica vestimenta. Leandro adoptó una postura llena de cómica majestad y sonrió complacido

de su aspecto. Después calzó unas zapafillas de un fuerte colorido rojo, tapó su rostro con un anifaz y empuñó con la mano derecha un tridente grande, escalofriante.

De esta guisa salió a la calle. Leandro Montes se había disfrazado de demonio y el disfraz le sentaba maravillosamente. De ser el verdadero diablo, rojo, con cuernos y con triden-

te, es de suponer que Leandro podría suplantarle; tal era la gracia con que el mortal llevaba las interales vestiduras y tal eran éstas, que ni un replegue, ni una eruga, hacían al ajustarse al cuerpo de Leandro.

Los pequeños cuernos que adornaban su cabeza eran erectos, de una imitación perfecta, y el largo rabo, relleno de algodón, parecía real, perteneciente al cuerpo, gracias al acompañado movimiento que Leandro le daba al andar.

Leandro Montes llegó al teatro en donde se celebraba el baile de carnaval... Penetró en la sala poblada por una multitud loca y ensordecedora, por una multitud caótica que danzaba al compás de una orquesta, apenas perceptible por el griterío espantoso de las máscaras.

II

Montes había danzado varias piezas con una ecuyere, con una mora, con una colombina... Montes descansaba ahora sentado en un amplio sillón del *hall*.

—¿Qué haces?

La pregunta tenía la simpleza de todas estas preguntas que quieren ser un saludo. Leandro miró al que la hacía y pudo ver a otra máscara de disfraz idéntico al suyo: otro demonio.

—¿Que qué hago? Ya lo ves: me aburro.

—¿Has venido sólo?

—Sí, sólo. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada.

—Supuse que esto estaría bien. Confieso que me he equivocado. Esta noche domina el mal gusto y el tedio.

—¿Quién te ha mandado venir?

—Nadie. ¡Y tú, por qué has venido?

—¡Yo?... Por obligación.

Hubo una pausa. Leandro encendió un pitillo que le ofreció el desconocido y comenzó a fumar nerviosamente. A Leandro le molestaba la presencia de su compañero en disfraz y seguramente en aburrimiento. Aquel individuo, con sus innmotivadas interrogaciones, había conseguido exasperarle.

—Aquí no hacemos nada—dijo el desconocido—. Vámonos.

Con autoridad, cogió a Leandro del brazo.

Salieron.

III

Leandro Montes se vió arrastrado por el desconocido. Intentó una vez



Dib. GALINDO.—Madrid.

—¡Sé que voy a encontrarme a Colombine en brazos de Arlequín, pero no me importa porque todos los años hacen lo mismo!...

ENCUESTA DE "BUEN HUMOR"

Me he permitido (permítanme ustedes que me contonee un poco nada más), preguntar a buen número de personas conocidas de qué piensan disfrazarse.

Confieso (hay que ver quién es conlezando este cura) que no han respondido muchas personas al llamamiento, porque las circunstancias —¡olé los tíos con ídem!— no son las más adecuadas para hablar.

Pero aunque algunos se han callado como... (stúpido a los lectores que pongan ellos la comparación), hay otros que han respondido, como Romanones, el de los codornices (y conste que esto de las codornices no es *reclamio*); Cambó, a quien llaman el buho de Cataluña (ya sabemos la clase de pájaro que es, hombre!); Weyler, ese militar dandy, que ignora lo que son desastres—y lo que son sastras también—. Alejandro Lerroux, el republicano que grita «¡Vivan las caenas!» al verse la suya de oro reluciente; Melquíades, el afortunado astur, que cuando tenía verse desterrado, se vió enterado en billetes procedentes del sor-

teo de Navidad; Manolo García (no confundirlo con un tal *Espartero* y menos con un tal *Espartaco*) el Sansón de la concentración (¡pón, pón!) quien ya no se verá libre de los filisitos que le echaron, aunque emplee para combatirlos la quijada de un expeditado demócrata... y otros personajes que nos han enviado su respuesta.

A todos ellos hago presente mi gratitud, y me retiro hacia el foro, que es hacia donde se van retirando también los políticos cesantes.

Conque atención, que van a hablar los mudos.

¿De qué piensa usted disfrazarse el carnaval?

Yo, de bolchevique, aunque me parece que ya me han *tahao*.

Santiago Alba.

Yo, de pobre peregrino, aunque no quisiera seguir «el camino de Santiago»... de Santiago Alba, quiero decir.

Melquíades Alvarez.

Yo... ¿de qué me disfrazaré yo, que no me conozcan?

Alejandro Lerroux.

Yo, de *contrabandista*, pero ya sabe la Tabacalera; desde que vi ministro, que no soy de los que la perjudican.

Francisco Cambó.

Yo, de Bobo de Coria.

Conde de Romanones.

Yo, de *snob*, porque ya saben cuantos me conocen que en lo de ir a la última nunca he sido el último.

Valeriano Weyler.

Yo, de Doña Inés en la escena (diré en francés para no ruborizarme), en la escena de la *chaisseelongue*... Yo he perdido la cuenta de qué escena es...

Consuelo "Chelito".

Yo, de joven maurista, si no para pasar por maurista—que no lo van a creer—, para pasar por *foven*—que lo van a creer menos.

Luis de Tapia.

Yo, de *gnomo*.

J. María Carretero.

Yo tengo que pensar mucho mi nuevo disfraz, porque con el último me conocieron todos y todavía dura la rechifla.

Marqués de Alhucemas.

Yo, me iba a disfrazar de cojo para que creyeran que era Romanones y a él le atribuyeran mis diabluras. Pero lo he pensado mejor: en vez de cojo, me disfrazaré de mudo, y cualquiera averigüe entonces a qué grupo político pertenezco...

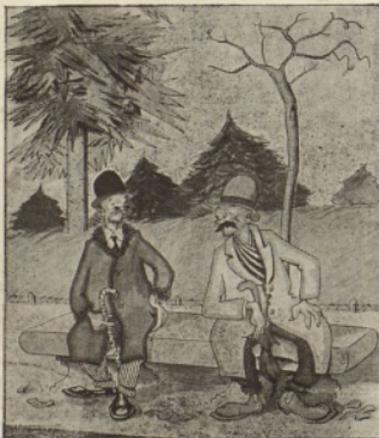
Juan de La Cierva.

Yo no me disfrazo, ¿para qué? Ni con disfraz ni sin disfraz, ya ver quién es el guapo que advina quién soy yo!

Un gobernador del Directorio.

Y yo (el abajo firmante), también decido no disfrazarme de nada, porque aquí, con disfraz y sin disfraz, todos nos vamos conociendo...

Por el coleccionista,
MIGUEL DE CASTRO



Dib. FONTELA ALVAREZ.—Madrid.

EL DE LAS GAFAS.—A nuestra edad, todo son achaques. ¡Si viera usted qué dureza se me pone aquí cuando me siento en estos bancos!

EL OTRO.—Eso debe ser mal de piedra!

UNA BROMA ORIGINAL

El marquesito de la Porraneua salió a la calle aquel martes de Carnaval con propósito decidido de divertirse como la máscara que más se solazase.

Las primeras personas a quienes embromó fueron unas modistillas de la calle de Provisiones.

Se encará con la mayor, que era la más modista y la más modesta y la dijo la elegante frase de ritual:

—¡No me conoces!

La modista y las otras modistas se rieron mucho. Luego se separaron.

A los dos minutos el marquesito abordó a un guardia y entre el guardia y el de la Porraneua tuvo lugar el siguiente cambio de frases:

—¡No me conoces!

—¡La autoridad no conoce ni a su respetable padre!

El marquesito siguió andando y el guardia siguió parado hasta la eternidad.

En La Castellana el marquesito hizo detenerse al coche de Maura y, encarándose con el ocupante principal, chilló:

—¡No me conoces!

Don Antonio sonrió malloquinamente y Porraneua siguió andando y el coche continuó rodando.

Aquello iba bien.

Pasado un rato, el marqués se encontró con Francos Rodríguez.

—¡No me conoces!—le dijo.

Y Francos respondió:

—Pero ya que he tenido el gusto de conocerle, no dejaré que se vaya de mi lado sin exponerle mi opinión sobre la constitución del partido de la Unión patriótica.

Y le largó un discurso que no podemos reproducir aquí, pero que lo haremos el día no lejano que BUEN HUMOR consigne de noventa y ocho páginas.

El marquesito perdió un poco de su alegría, pero la recobró en el momento de la separación.

Al cuarto de hora abordó a *Chelito*.

—¡No me conoces, Consuelo!

Respuesta de Consuelo:

—No importa. Pásese por mi casa, que tendré mucho gusto en recibirle. No creía que hubiese en Madrid un joven a quien yo no conociese. Me contraría.

Eran las seis de la tarde cuando Porraneua estaba diciendo a un caballero que iba con su señora e hijos:

—¡No me conoces!

El caballero quiso adivinar quién era el marqués. No lo consiguió. Se separó de Porraneua, y éste se dirigió a la condesa de Cardoso que en aquel instante discurría (con un poco de trabajo, porque no era una Fernán Caballero) por la acera de enfrente.

—¡No me conoces!—dijo el marqués a la de Cardoso.

Y, efectivamente, ella no le conoció tampoco.

Porraneua, cada vez más satisfecho de su éxito, siguió embromando a los alegres paseantes.

Cerca de las seis y media se encará con un aristócrata andaluz y le repitió la consabida frase:

—¡No me conoces!

Y el caballero bético alzó un bastón egregio que llevaba y lo depositó sobre las costillas del marqués cuarenta veces y repique. Luego dejó el bastón y elaboró a brazo la más alisonante paliza que vieron los siglos. Después dio descanso a las manos y continuó la agresión a pierna limpia. ¡Cosa fantástica, que lamento que ustedes no pudieran presenciársela!...

En efecto; el marqués había estado toda la tarde diciendo ¡no me conoces! a personas que realmente no le conocían, y en eso consistía la broma; pero al llevarla a efecto se le había olvidado con la prisa en salir a la calle, ponerse el disfraz y la careta que tenía preparados para la ejecución del plan.

¡Que si no se le olvida ese nimio detalle, no pasa nada!

La broma, de todas maneras, tuvo un final de cierto e inesperado grajeo.

ERNESTO POLO



Dib. BAL.—Madrid

—Con los niños no se puede ser blando. Yo, a los míos, los tengo en un puño.

—Bueno, los tiene usted en un puño porque son gemelos.

CUENTO DE CARNAVAL

EL DISFRAZ

Aquel sábado, víspera de Carnaval, don Roberto se acostó después de escuchar sus oraciones al Altísimo. Don Roberto era un hombre modelo. Todos los que vivían a su alrededor coincidían en asegurar que era un santo. Su esposa, sus hijas, toda su familia admiraba aquella bondad infinita, aquella modestia sin límites y aquella generosidad. En el Banco donde prestaba sus servicios, se citaba su persona siempre que se quería poner un modelo de hombre honrado.

Y don Roberto, la víspera de Carnaval se había acostado, obsesionado aún por la conversación sobre los disfraces que habían sostenido los suyos en la mesa.

—¿De qué te vas a disfrazar, papá? —le había preguntado una de sus hijas.

Y don Roberto reía, al imaginarse vestido de máscara.

Sin embargo, le obsesionó seguía, y el buen señor, en el lecho, reflexionaba sobre la importancia de disimular su personalidad por una vez. La máscara, que permite ser completamente sincero al que se oculta detrás, no parecía del todo mal al bondadoso caballero. Yo me disfrazaría—pensaba—, pero com-

prendo que a mi edad la careta me resultaría demasiado y el cuerpo no ha de poder seguir la bulla a que el rostro de cartón obliga.

Yo me disfrazaré más íntimamente, pero mejor, más completamente. Variaré en lo moral, cambiaré mañana mi manera de ser. Nadie me conocerá.

Acto seguido, se durmió.

Lo primero que acudió a su mente al despertar, fué su propósito de disfrazarse. Con la idea sonrió tanto, que se desveló.

Despertó a su esposa, que roncaba mansamente junto a él, gritando con voz estentórea:

—¡¡A ver ese desayuno, si va a venir hoy!!...

La señora le miró alarmada; era la primera vez en su vida que le oía levantar la voz.

—¿Qué te ocurre, Roberto?

—¿Qué me va a ocurrir? Que en esta casa todo está desorganizado; estoy seguro de que las criadas están aún en la cama.

La esposa del disfrazado se levantó presurosa, dejando iras ella el vaho caliente del sueño.

Don Roberto la contempló hosca-

mente, siguió con mirada de aduanero los manejos de su cónyuge ante el espejo. Después comenzó a hablar lentamente, dirigiéndose a ella:

—¡Qué ruina!, ¡pero qué ruina! Si llego a saber que te libes a poner así, cualquier día me caso contigo; y es que, claro, no te cuidas, comes mucho, te mueves poco, y así todo se derrumba. ¡Qué horror! ¡Qué ruina!

La pobre señora se echó a llorar.

—¡Infame!, ¡infame!—le dijo, y después empezó una larga discusión sobre quién tenía la culpa.

Cuando el enmascarado se hubo vestido, entraron sus hijas a saludarle. Don Roberto las recibió con malos modos.

—¿Pero, qué te ocurre?

—Nada, nada; dejadme en paz, sois insoportables.

—¿No vienes a misa con nosotras?

—¡No!—contestó él secamente.

—¿No vas a rezar hoy a San Antonio?—insistieron.

Don Roberto respondió con ru-

deza:

—¡A mí no se me ha perdido nada!

Después salió a la calle dando un portazo y dejando a los suyos consternados.

—¡Está desconocido!—dijeron.

Entró en el casino silbando una cancioncilla perversa, que había oído por el patio de su casa a una criada de la vecindad. Se dirigió hacia el grupo que de ordinario formaban sus amistades.

—Roberto, ven a jugar una partida de ajedrez—exclamó alguien—. Pero hubo de enmudecer de sorpresa. Don Roberto había contestado: —¿Cómo ajedrez? ¡Mujeres! Hoy es día de mujeres guapas; me voy al «bar»...

Sus amigos quedaron consternados.

—¿Pero, quién es éste?—se preguntaron—. ¡No es el mismo!

Don Roberto almorzó en el restuarant más concurrido, con una rubia opulenta, perteneciente a esa clase de mujeres, que en cuanto os conocen os quitan el pañuelo de seda.

Varias familias, amigos, lo vieron y no podían creer en lo que veían sus ojos.

—¿Pero, es posible que sea él?—se preguntaban—. No, no puede ser; ¡un hombre tan serio!, ¡tan bueno! Pero cuanto más le miraban, más crecía su propio parecido. Las señoras exclamaban: ¡Pobre Conchita!

¿Conchita era la esposa de don Roberto.



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ.—Málaga.

EL GUARDIA.—¡Le advierto a usted, señor comisario, que de este domingo hay ahí una ficha.

El enmascarado volvió a su casa de muy buen humor. Entró en el salón, diciendo chirigotas de un verde subido, y después se dirigió a su cuarto, en donde se endosó un frac que oía a naffalina.

Después volvió a salir a la calle, pero antes, al pasar por el salón donde estaba su familia y unas visitas, anunció que no vendría a comer y realizó un precioso mutis, ejecutando un paso de Shimmy.

Las visitas no podían creer que el bailarín fuera el amo de la casa. ¿Quién es?—preguntaron—. Y la esposa de la máscara, contestó:—Un pariente de mi marido.

Don Roberto se divirtió extraordinariamente en el baile, hasta que el exceso de bebida hizo que se retirase a su casa, conducido por algunos amigos que no lo podían reconocer en esa tesitura. Y la máscara durmió plácidamente hasta la mañana siguiente.

Don Roberto se despertó en estado normal de la jornada anterior; sólo conservaba la sed. Pero él volvía a ser el hombre modelo de siempre. Sin embargo, una idea le inquietaba. ¿Podría arrancarse el disfraz del día anterior, o la gente impresionada por aquél no le permitiría usar otro traje? Don Roberto temía las sonrisas intencionales, los comentarios entre las familias a quienes había escandalizado con sus excesos, la tirantez conyugal.

—Pero, si después de todo, nadie me ha reconocido. No creían que era yo. Mi disfraz era perfecto—se dijo para tranquilizarse.

Después elevó unas oraciones a San Antonio, y antes de vestirse, para acudir a su trabajo, despertó a su esposa con unas palmaditas, diciéndole con su voz más cariñosa:

—¡Tonta, tonta; que ayer no me conociste!

EDGAR NEVILLE



EN EL BUFFET DE BAILE

Dib. CISZEWSKI.—Maurín,

EL CLIENTE (al camarero que se apellida Pin).—¡Pin, pon, pan!

COSAS DE MI VIDA

EL AÑO QUE ME DISFRACÉ DE AVIADOR

Si quieres vivir muchos años,
no tomes ningún específico.
Proverbio persa.

Aunque parezca mentira, tengo ideas propias sobre el Carnaval. Comprendo que esto de tener ideas propias es el comienzo de esa enfermedad misteriosa que se llama enajenación, pero no puedo remediarlo: tengo ideas propias.

El Carnaval me parece la imbecilidad elevada al cubo; pero elevada a una altura que produce vértigos. Al hombre que se disfraca, le catalogo inmediatamente en un cuaderno que tengo para el caso y que ostenta la siguiente cabecera: *Ciudadanos españoles que han llegado a la perfección de la idio-*

ez. El primer nombre que aparece es ese cuaderno es el mío. Sí, lectores. Yo me disfracé hace tres años. Voy a contaros el hecho, con sus antecedentes y consecuencias. Presladme atención.

Se anunciaban los Carnavales y juré por mi honor de madrileño contumaz que ni un momento pensé en aprovechar aquellas fiestas para regocijio de mi espíritu. Mis convicciones son firmes cual un soldado presentando armas. Y, con la sencillez con que ocurren las mayores desgracias, el jueves anterior al Carnaval e presenté en mi domicilio Acisclo Tiberiades. ¿No sabéis quién es? ¡Pues me extraña como

un sólo de batuta! Acisclo Tiberiades es un as, un aviador que ha quitado más moños que una peinadora, un hombre que, agarrado al volante de su avión, *riza el rizo, planca, cae en barrena y hace el loupin.*

Entró Acisclo en mi estancia y me preguntó si pensaba disfrazarme. No apunto aquí lo que le contesté, porque tengo respeto a mis lectoras. Pero lo que sí voy a apuntar con tanto cuidado como en un concurso de líro, es que, gracias a su oratoria infernal, Acisclo me convenció de que debía disfrazarme. Y me disfracé de aviador. Un aviador sin aeroplano es tan absurdo como un camello con sombrero. Tiberiades



VISTA GENERAL DE UN BAILE DE MÁSCARAS EN LA TARDE DEL DOMINGO DE CARNAVAL

Dib. Sáma.—Madrid.

me aleccionó sabiamente, me prestó su aparato, y aquel domingo de Carnaval, a las once y cuarenta y dos minutos de la mañana, comencé a evolucionar sobre Recoletos.

Declaro que estaba orgulloso de mí mismo; nadie llevaba un disfraz tan original como el mío. Sólo un punto negro empataba mi dicha: ningún ser humano de los que abajo paseaban se dió cuenta de que yo iba disfrazado de aviador; todos—¡oh, estulicia de las muchedumbres!—creyeron que era un aviador de verdad, a pasar de que yo rugía: «¡Que voy disfrazado!»

El avión de Tiberiades era magnífico; hacía los 114 a la hora: de suerte que a una de la tarde había pasado junto a la estatua de Cristóbal Colón noventa y cinco veces. El navegante, desde su larguísimo pedestal, daba claras muestras de estar mareado. Me extrañó el suceso, por tratarse de un marino de su altura.

El público estaba ya seriamente preocupado. Sin duda temían por mi razón y por sus vidas. Yo volaba dos metros por encima de los árboles, porque disfrazarse para volar a 500 ó a 1.000 metros sobre el Carnaval, fué una idea que deseché no bien surgió en mi mente. En una de las evoluciones le rompí la cabeza a Isabel la Católica, distracción que motivó un rugido de la multitud. A la una y media de la tarde, un guardia se subió en la verja de la Biblioteca Nacional y me lanzó un papelito. Decía así: *El Director de Seguri-*

dad le ruega amablemente que vuele sobre el desierto del Sahara. Le contesté con otro papel concebido de esta suerte: Le tengo miedo al simoan.

Fué entonces cuando pude observar que el aparato no me obedecía. Manióbre inútilmente para ir a casa en busca del almuerzo: los timones no respondían y ni podía abandonar la línea recta ni elevarme dos centímetros más. Lloré le grimas a marguísimas.

Desde aquel momento, el aeroplano procedió de acuerdo con su libre albedrío. De improviso se colocó con las ruedas en alto. Un grupo de máscaras aplaudió con entusiasmo y, no sé por qué, me gritaron con cantos: *La Java*.

Al llegar a la Cibele, el avión giraba por sí mismo y enfilaba de nuevo Recoletos, y al alcanzar el Hipódromo, obraba de igual forma y cogía la Castellana; pero siempre volaba con las ruedas hacia el firmamento.

Dieron las tres de la tarde. Ninguna carroza podía irrumpir en el paseo, porque mi aparato les habría hecho astillas. Se veía que el público estaba un poco aburrido de aquel vuelo vertiginoso, invertido e incesante.

El martes de Carnaval, las cosas seguían en el mismo estado. Comenzaba a dolerme un poco la cabeza.

Entonces en el cerebro de un malvado nació una idea diabólica. Subidos en las tribunas, a lo largo de todo el paseo, cuarenta guardias urbanos enarbolaban sus nifidas porras. Y cuando yo, cabeza abajo, pasaba al

dado de ellos, recibía en el cráneo cuarenta golpes contundentes.

Verdaderamente, ¡muy difícil que se celebrase el Carnaval de aquel año, pero también es cierto que desde tal fecha mi cerebro no rige.

Y pienso con horror en lo que me sucederá el día que tenga que utilizarlo.

Enrique JARDIEL PONCELA

UN ANTICARNAVALISTA FURIBUNDO

Un lector que no quiere dar su nombre, ni una peseta a cambio del favor que solicita, nos remite el siguiente desahogo que, a falta de otra cosa mejor, publicamos con sumo y pontificio gusto:

«Me molesta el Carnaval de una manera candente y estentorea. Cada domingo gordo que surge del almanaque me cuesta a mí un disgusto mucho más gordo que el mismo. Cada comparsa que oteo me enferece y cada disfraz que examino me coloca al allado borde de la agresión personal. Si podría mirar mis manos en el mar de faces para arrancarles el antifaz, aunque no con el alma que tuvieren porque yo no tengo alma para eso (ni cuerpo para resistir las consecuencias forfísimas que de mí insensato acto se derivarían seguramente). Yo ahogaría en el Manzanares, o por lo menos lo intentaría aun desahogando de conseguirlo, a todo el que me dice: *¡no me conoces!* con ese falsete gutural sólo tolerable en una partitura de Wagner. Yo ingresaría en uno de los presidios españoles menos cómodos, con una barbaridad de gusto, a cambio de que me dejasen asesinar completamente a seis o siete señores de esos que se colocan una nariz postiza y van por las calles tan ufanos de empuqueñecer a Sánchez Toca y teniendo que sonar para sus adentros en caso de constipación repentina. Yo mascararía la nuez a un bebé, si era del sexo masculino, y estoy ciertísimo de que también le mordería un poco si era del femenino y si me dejaba apretar los incisivos a mi gusto, que todo pudiera suceder, porque en Carnaval, el absurdo, la parodia y los bebés que le permitan a uno que apriete más que un dolor son cosa corriente y algo moliente y abundosa.

Mi horror al Carnaval, señoras y señores, nace de varios funestos errores padecidos por mí en mi primera juventud, cuando yo era pollo e inocente (o sea lo contrario de Rafael Gómez Ortega, que es Gallo y culpable).

El primer error, el error que determinó el horror, me lo hizo sufrir la contemplación de una al parecer lindísima mascarita, a la que empecé a adorar a través de un antifaz de seda y de un



Dib.
PERALS
Grenada.

NOVIOS «BIEN»

—¡Ay, Tirina, eres tan dulce que no me atrevo a besarte por no volverme diabólico!

dominó vaporoso que cubría sus al parecer encantos y que hacía más encantante e interesante su al parecer peregrina belleza. Me interesé por ella de un modo cándido y provinciano; la chicolé de una manera insistente e hiperbólica; la seguí por las calles, callejuelas, plazas, plazuelas, paseos públicos y afueras que tenía Madrid entonces, de una forma obstinada, perruna y permanente; y acabé por prenderme de aquella, al parecer venusiana incógnita, de un modo, de una manera y de una forma absolutamente insanas y recalcadamente matrimoniales. ¡Pero, ah, señores y señoras, al pasar el anfitrión fué ella! ¡Quiero decir que fué ella la que por poco me sigue a mí emitiendo frases insultantes, y muy mercedidas si he de ser sincero, al ver la expresión desencantada y trágica de mi fisonomía!... ¡¡La encantadora mascarita era la que andando el tiempo (andando la mar y la mar de tiempo) había de llamarse en los fastos del arte español doña Loreto Prado, muy señora mía desde entonces, y de todos mis respetos desde un poco después, porque aquella tarde quedé muy mal como ustedes habrán apreciado!...

El segundo error de mi valesco me lo hizo padecer una comparsa de lisiados, por la que me interesé firmemente. Uno de ellos, que en el momento de yo enfrentarme con la comparsa templaba las gaitas de todos los demás, es el que, por su acentuada cojera y por ser el que con más eficacia pedía el óbolo a los transeúntes, me hizo caer en la lamentable confusión. Yo opiné de un modo definitivo: templa gaitas, es cojo y pide dinero en lugar de darlo, luego no puede ser más que el excelentísimo señor conde de Romanones!... ¡Y, como ustedes adivinarán, resultó que no era ni siquiera Brocas, aunque estoy seguro de que, por lo menos, tenía que ser un correlligionario, porque las tres cosas que hacía no se pueden aprender más que situándose en las proximidades del repetido conde y viendo cómo con las repelidas veces que el repetido conde las realizaba en aquellos venturosos y constitucionales (míam!) tiempos que ojalá no vuelvan!...

Otro de mis errores, me lo produjo una hermosa desconocida, disfrazada de virtud romana a la que resultó ser Teresa Saavedra, y el pesimismo de todos los errores padecidos corrió a cargo de un socio que ocupaba una carroza premiada, figurando un harem, con treinta esclavas tan de ole con ole que con una sola sobra para irse a hacer compañía a Alá y a su aplaudido profesor Mahoma. El acusado de decir que el ciudadano citado era el sultán del susodicho harem rodante y es en cambio necesario apuntar en lo que consistió mi error funesto. Yo aseguré que aquél ansioso, no podía ser otro que Cambó. ¡Pero, contra toda

Dib
PASSARFN
Barcelona.



EL. — ¿Dices que en este baile me vais a dar una sorpresa?

ELIA. — Sí, es muy divertido. A las dos en punto Luisito Ponce va a traer a tu mujer.

lógica e inalienable suegra, dominó... Y, lo que es peor, domina y seguirá dominando como no la mate, que aquí para *inter nos*, no me atrevo. Si alguien de ustedes se atreviese, le doy tres mil pesetas, reconociendo que está muy mal pagado, pero no tengo más...

Hay otra razón también poderosa (sí, como explica mejor que un catadrático mi odio senegalés al Carnaval. Mi casa, que no digo que es la de ustedes porque vivo en perpetua bronca con mis familiares y lo iban ustedes a pasar muy mal, puea mi casa, repito, es en todo tiempo una carnavalesca perpetua.

Demostración elocuente y rauda: Tengo un adorado hijito que es un niño llorón (tiene seis meses y ustedes creo que sabrán dispensarle, teniendo en cuenta que yo, que le oigo, le discupo también).

Dispongo también de dos bebés (tres y cuatro años), de una destrozona (siete años, dos trajes mensuales y un par de zapatos bisemanales) y de un diablo (que tiene ocho primavera y se ha empeñado en gastar saliva con todos los sombreros flexibles de los vecinos más conspicuos).

Mi hija mayor posee un novio que hace el oso todos los días de cinco a seis. Mi señora, por la elegancia y distinción con que se atavía, es una charra. Mi suegro un payaso y mi distin-

guida e inalienable suegra, dominó... Y, lo que es peor, domina y seguirá dominando como no la mate, que aquí para *inter nos*, no me atrevo. Si alguien de ustedes se atreviese, le doy tres mil pesetas, reconociendo que está muy mal pagado, pero no tengo más...

Mi casero es un bandido, y por desgracia no es un bandido generoso; mi criada una paleta y la niña del principal que estudia piano, una murga gaditana.

Y, finalmente, el tabernero y el lechero de la planta baja son dos marineros de agua dulce, y el vecino del segundo (que pertenece *todavía* al partido de Sánchez Guerra) un comparsa.

Terminaré diciendo que el día que mi mamá polifesa se enfada conmigo y con los vecinos, mi domicilio es un baile de la Gran Piñata.

¿Esté explicado mi horror al Carnaval?

¡Pues que ustedes lo pasen mejor que yo... que es tanto como decir que deseo que lo pasen bien!

Porque yo lo paso que no sé cómo lo paso...?

Por la transcripción

NÉSTOR O. LOPE

DICE DON CARNAVAL

Me condujo hacia un banco de la Castellana, bruñido por el sol sin pícarías de enero, y haciéndome seña de que me sentara a su lado, sacó un paquete de cuartitón y se puso a liar otro cigarrillo deforme y ordinario.

—Ya ve usted—murmuró—. Dentro de pocos días tendré que venir por estos barrios a hacer un poco el ridículo en nombre de la costumbre. La costumbre según ha dicho un escritor francés de ahora, ese animal que vomita cadenas, y cuya cola es un péndulo... Este monstruo divide a los habitantes de la coronada villa en dos bandos; el de los señores que se dedican a cambiar de traje y a comerse las pastas en los «salitos», y el de los castañeros, generalmente, de más edad y dentadura postiza, que escriben unos artículos terribles abominando de los bailes de máscara, donde se reúnen unos cuantos aburridos para recibir pisotones y pagarias unas botellas de sidra a unas cuantas hembras gordas...

Hizo una pausa, y carraspeó concienzudamente. Después sacó del bolsillo una cajita llena de píldoras, y se tomó dos. Tenía cara veridosa de dispeptico. Llevaba un traje hecho en algún bazar económico. Las botas eran de paño, y por entre la bufanda, apesotosa a nicotina, le rebullía, con viveza de gorrón; la nuez; una nuez roja y granulenta como una berruga.

—Sí, amigo; —repuso después de que se le hubo calmado el acceso de asma—. La época del confetti y de la careta me espanta. Ya estoy aburrido hasta más no poder. Visto de mujeres a muchos que durante el resto del año pugnan por parecer hombres; promuevo bacanales de percalina y de pino; calafateo a infinitud de madamas, ya en segunda reserva; echo a la calle a todas esas muchachitas que coleccionan versos mediocres y baten la mayonesa los días «gordos», junto al libro de misa y la caria del «adorado tormento»; lustro calvas, fomento la

simpleza, avivo la puerilidad; hago sudar a la gente en los apreturas para que asegure después que se ha divertido; desencadenó la grosería; frueco en «vinazo» el mosto, y transformo en ruido la canción... Todo el mundo cree que soy un repartidor de cascabeles, cuando en realidad me limito a extender cédulas de plebeyez. Pierrot es un sepulcro blanqueado; Colombine una nena clorótica que busca, bien apretada, lo que solía detrás de su balcón, no halla nunca; Arlequín abandona la covachuela o el mostrador, para beber un poco lejos del balduque y de la «parroquiana» machacona... Duran tres o cuatro días una acera, llena de simples, trata de embucar a la otra acera, rebosante de turistas. Ponga usted por la calzada unos cuantos coches asustados, bien cargaditos de gente opositora a la faringitis, y ahí tiene usted la imagen de los Carnestolendas matritenses...

—Pero... ¿argüj yo, de buena fe—, todo eso es hiperrealismo. El Carnaval viene siendo la feria del buen humor; la esjuma de los veinte años; el alma moza, la pirueta feliz, la confraternidad sin reservas ni emboscadas; la linda comedieta de todos los años necesaria para el hombre, como un derivativo.

Don Carnaval me contempló atónito

—¿Es usted de aquí?

—Incliné la cabeza.

—¿Tiene usted hijos?

—Sí, señor; y mi mujer, con mi suegra, los va a disfrazar, al uno de diablillo y a la otra de alsaciana.

—Pues es usted un perfecto imbécil, —resumió, rompiendo nuevamente a toser.

Hube de inclinarme con gesto deseperadamente magnífico.

—No he conocido impunidad más absoluta que la de la vejez, —rugí—. ¿Cómo podría atreverme yo a manchar mi brío de animal de costumbre con una bofetada sobre sus arrugas? ¡Vaya usted al Infierno y llévase a él su acidez de vejestorio y sus achaques de podridor! Por bien español me tengo, y por muy filósofo, que ha elegido fechas oficiales para divertirse.

—Me inspira usted lástima, —repliqué, sacando la nuez por encima del trapo que ceñía su gahote—. Cuando cumpla usted mis años, volveremos a charlar, en este mismo banco. No tengo prisa... Aquí espero...

Me levanté, indignadísimo. El bilioso viejo se echó a reír socarronamente. Su risa sonaba a eslabones, a respuestas, a portazos...

E. RAMÍREZ ANGL



Dib. PADILLA.—Madrid.

—Hotel Continental! Buenas habitaciones, cuartos de baño, duchas...

—Diga usted, ¿tiene calefacción central?

—No, señor. Pero todos los jueves roban por los procedimientos modernos.



EN PLENO DESENFRENO

—¡Pisa, morena!... (Música conocida.)

Dib. RAMIRO—Madrid.

CARNAVAL HABEMUS

ENTRE UN TANGO Y UN FOX-TROT...

Dos pingüinos:

—¿Está todo a punto?
—Todo. Tenemos el entresuelo número nueve y en él seis botellas de Champán y los comestibles correspondientes.
—¿Y ellas?
—No tardarán. Vienen Carmen, Lola, Pilarita, Felisa... ¡la crema!
—¡Pobres chicas!... Me admira la buena fe con que acuden al baile, como si en él fuesen a encontrar una fortuna.
—Tal vez encuentren, a pesar de todo, algo de su gusto...
—¡Lovellace!...
—¡Pchs!...

Ellas:

—Oye: ¿nos conocerán?
—¡Cá!... Son más tontos que mandados hacer a la medida.
—¡Razón tienen!... ¡Ya verás el gesto que han hecho para obsesquiarlos!... Un pelco, champán, flambres... ¡qué se yo!

—Y, seguramente, todo eso a costa del estanco. ¡El tiempo que se habrán pasado sin fumar ahorrando para la noche de hoy!

—Y lo menos que se imaginan es que, gracias a esas botellas...
—¡¡¡¡grate! ¡Qué inocencia! ¡Como si viniésemos del pueblo!

Dos que bailan:

—¡Estás encantadora!
—¡Exagerao!... Mira que las apariencias engañan.
—Ahora no hay cuidado. Toda tu persona me enloquece; el dulce timbre de tu voz, las voluptuosas curvas de tu cuerpo, la elegancia de tus manos...
—¡Qué será cuando me quite la careta!
—La fe mueve las montañas.
—¡La fe!... Hace tiempo que la he perdido. Solamente había una manera de recobrarla.

—¿Cuá?
—Si me repetirás todo eso en el *ambigú*...

Unos que observan:

—Cada año está peor esto... Nunca he visto tan espantosa exhibición de vulgaridad y mal gusto.
—¡Pchs!... La falta de dinero, que hasta a las máscaras alcanza.
—No lo creas. Más que falta de metálico, es ausencia de gracia, de ingenio. Para tener buen gusto no se precisa el dinero. Una mujer cursi vestida de seda y pedrería siempre será una facha; pero da cuatro trapos a una mujer «chis», y verás que los combina de tal manera que parece una reina.
—Quizá no te falte razón.
—Mira en torno nuestro: el eterno «Pierrot», el eterno «bebé», y las chulas, las majas, las charras, las pasiegas de siempre...
—¡Corramos un velol!
—¡Sí; y vamos a tomar una friolera.

Uno y una:

—¿Y tu marido?
—¡El muy sinvergüenza!... Mírale allí convenciendo a una «cantinera».

El marido y la cantinera:

—Pero ¿y tu mujer?
—En castita, durmiendo como una santa.

Dos filósofos:

—¡Qué cosa más estúpida son los bailes de máscara!
—Entonces, ¿por qué subsisten?
—¿Por qué se conservan?
—¡Qué quereal!... En la vida, unos van hacia delante, mientras otros se retiran discretamente por el foro. Tú y yo pertenecemos a los que hacen ese obligado mutis, pero hay otros deseados de vivir, de gozar, de saber... y esa es la inmensa mayoría de los que componen el público de los bailes de Carnaval.
—Oye: y cuando esos se enteren de lo que son tales bailes...
—Harán lo que nosotros: filosofar en un rincón... y dejar hueco a los que llegan deseados de «ver qué pasa».
—Es decir, que estamos en un círculo vicioso, permanente, inmutable, eterno...
—¡La vida, amigo mío, la vida! Siempre renovándose y siempre, en el fondo, la misma cosa.



EL CURDA.—¡Anda, monísima... quítate la careta,

Dib. Mas.—Madrid.

VICENTE VEGA

LAS ESTUDIANTINAS

Todos los años, en cuanto llegan estos locundos días de Carnaval, surgen, inevitables, en periódicos y revistas, artículos, crónicas y poesías dedicados a las estudiantinas. Los citados trabajos, poco más o menos, se titulan así: «La estudiantina pasa»... «La estudiantina ha pasado»... o «Corremos el grave peligro de que la estudiantina llegue a pasar», y, coincidiendo con la falta de novedad de sus titulares, iralan sobre un único lema. Invariablymente, semejantes producciones comienzan con una serie de rimbombantes elogios, consagrados al pintoresco indumento del estudiante. A continuación, se elude a un escolar, dicharachero y conquistador, que, lleno de galantería, destacándose de la Tuna, lanza al suelo su capa, para que la pise una guapa moza. Esta muchacha, que forzosamente ha de ejercer la profesión de modista, pasa a ser novia del estudiante... Transcurre el tiempo. El escolar termina sus estudios, y, al verse obligado a marchar de la corte, deja abandonada a la modistilla. Al año siguiente, cuando de nuevo circulan por las calles las estudiantinas, la pobre muchacha, llena de desconsuelo, llora, recordando al amado... ¿No es cierto, querido lector, que ha leído usted algo semejante numerosas veces?

Como, en nuestra opinión existen ciertas inexactitudes en los citados trabajos, se nos permitirá que, para rebatirlos, hagamos algunas objeciones. En primer término, ¿en qué se fundan para sentar terminantemente, axiomáticamente, que el estudiante se enamora tan sólo de las modistas? Al hacer tan categórica afirmación, ¿no incurrn los autores en una evidente falta a la realidad? Las dactilógrafas, las vendedoras de décimos, las dependientas de comercio, entre otras, ¿no son, por ventura, merecedoras también de la atención amorosa de los estudiantines? Para que no se continúe falseando la verdad, sería conveniente que cronistas, poetas y autores de cuplés, se enteren de una vez que, si bien el escolar, en ocasiones, elige como amada a una modistilla, suele también, en uso de un derecho que no se puede negar, enamorarse idénticamente de una florista o de una empleada del «Metro»...

Pero, en fin, si los mencionados trabajos fuesen inexactos solamente en semejante aspecto, nosotros hubiésemos permanecido silenciosos, permitiendo que, como tantas otras, circulase por ahí esa falsa leyenda. Lo que de ningún modo puede pasar sin nuestra protesta, es la afirmación, hecha con caracteres incontrovertibles, de que las estudiantinas carnavalescas están compuestas por estudiantines.

Eso es inexacto por completo, absolutamente falso, y, en prueba de nuestra aseveración, rogamos al amable lector que se fije en los individuos que forman tales comparsas. ¿Pueden ser estudiantines, aunque vayan ataviados con la pintoresca capa y lleven sobre la cabeza un bicorneo, en el que se destaca, a modo de emblema, una cucha-

rilla de palo, caballeros barrigudos, cuarentones y de pelo blanco o canoso? Pero ¿es que, por su edad y aspecto, no se ve claramente que los sujetos que constituyen las estudiantinas que circulan por nuestras calles, son horteras, o, a lo sumo, simples oficinistas?

¿A qué viene, entonces, ese horrible machaconeo, falso e irreal, con que



Dib. BORAIN.—Madrid.

A LA SALIDA DL BAILE

—¡Cincuenta pesetas los billetes, doscientas la cena y treinta y cinco el auto!.. ¡Pues mira, mascarita, aun creí yo que me iba a salir más... caríata!

cuando se acercan los días de Carnestolendas, nos abruman tantos escritos, para, por millonésima vez, hacer un lírico canto a la estudiantina y a los escolares?

Todo el mundo, pues, está harto de conocer que, en los actuales tiempos, las Tunas que rigidamente formadas, transitan por nuestros paseos, tocando bandurrias, guitarras y panderetas, jamás se componen de estudiantinas auténticas, y así, el ciudadano que ve desfilir ante su vista una estudiantina, piensa:

—Esta estudiantina que pasa por aquí podrá ser la estudiantina de los Pescaderos. O la de los Vendedores de Turrón. O, tal vez, la de los Empleados de Comercio...

Conviene, a pesar de lo manifestado, hacer constar, aunque haya quizás quien lo dude, que, en una ocasión, ha circulado por las calles de la corte una auténtica Tuna escolar. Así, al menos, lo aseguraba el otro día, en el Salón del Prado, un anciano señor que, junto a nosotros, ocupaba, al sol, un banco, y recordando pasados tiempos en compañía de otro caballero de su misma edad, decía:

—¿Recuerda usted, don Facundo, qué excepcional fué el carnaval de 1857? Me refiero a aquel año en que, por Madrid, se paseó una estudiantina formada por estudiantes...

Luis ESTEBAN.

Una revolución inminente y espantosa

No os asustéis, alegres y hermosas lectoras y queridos y bondadosos lectores de Buen Humor. No os asustéis, aunque no pueda dejar de deciros que nos amenaza una revolución horrible, espantosa, apocalíptica, como no se ha conocido otra igual desde que el Universo existe. Y conste que no me refiero al que dirige Rufino Blanco, sino al dirigido por el mismísimo Dios Padre Todopoderoso.

Tan tremenda es la revolución de referencia, que a su lado la francesa de 1779, la que costó la vida al pobrecito Luis XVI y a su linda esposa María Antonieta, resulta tan pequeña, que queda en francesa; y la de los bolcheviques de 1917, más que revolución fué una ensalada necesariamente rusa.

Sentiría en el alma meteros el corazón en un puño con el anuncio de esta revolución que ya se cierne sobre nuestras cabezas, porque a todos os tengo por personas pacíficas, aunque entre las lectoras habrá muchas de armas tomar y utilizar, pero mi estrecha conciencia me impide ocultaros la verdad. Y la verdad es que la tal revolución no sólo es inminente, sino inevitable y arrolladora, porque no existe fuerza humana capaz de contrarrestar su empuje avasallador.

Tan enorme será, que no ha de afectar únicamente a España, sino a toda Europa, y a toda la Tierra, y a su satélite la Luna, y a Marte, y a todos los planetas habitados.

Allá va el notición.

Unos señores sabios, atentos solamente al laudable fin de proporcionar robustez y salud a prueba de bombas a todos los humanos, pero incapaces de darse cuenta de las consecuencias desastrosas de su invento maravilloso, han conseguido aislar las vitaminas de los alimentos. Y por si no sabéis lo que esto significa, voy a explicároslo con sencillez, prontitud y economía.

Las vitaminas están encerradas en unos comprimidos, que tomados con regularidad y algo de leche, dan al organismo unas energías físicas insospechadas, incomprensibles y fabulosas.

El hombre es débil, y la mujer más débil por su sexo; pero con esos comprimidos, el hombre más débil y la más anémica damisela, al cabo de unos días adquieren unas energías y un vigor que se ponen a luchar con Ochoa en el Norte, y del primer empujón lo mandan al Este.

Los niños, a los siete meses tienen un año, a juzgar por sus fuerzas y estatura, y a los doce años pueden entrar en quinta, porque aparentan ya veinte.



Did. SLENNY. — Madrid.

- Te juro que yo sin mi marido no podría vivir...
- ¿Tanto le quieres?
- No, ¡es que es él el que sostiene la casa!

Claro, que a las niñas les ocurre lo propio, y cuando cuentan solamente doce primaveras, ya aspiran con vehemencia al matrimonio. Y así continúan todos a galope hacia la completa robustez, hasta las treinta primaveras aparentes. Cuando llegan a las treinta se paran; de modo que no hay nadie que haga treinta y una.

Los viejos, cada año tienen uno menos, hasta retroceder también a los treinta; de suerte que, dentro de poco, no se verán sino hombres treintenos y

mujeres del más suculeto y dulce jamón. Todas jamón en dulce. Porque las de cuarenta no se conocerán y las de cincuenta únicamente en los estancos.

Ante semejante vigor físico de todos los humanos, desaparecerán todas las enfermedades graves, y los médicos no hallarán ocupación si no se dedican a enfermedades leves y a tocólogos.

Porque aquello que dijo Dios a nuestro querido papá Adán y a su señora doña Eva (primer premio en el concu-

so de belleza celebrado en el Paraíso Terrenal): *crecécite et multiplicámine* (creced y multiplicaos), lo dijo propia e indiscutiblemente para cuando los sabios aislaran las vírginas. La Humanidad aumentará de manera tan asombrosa, que no cabremos en la Tierra y tendremos que emigrar a la Luna, a Marte y demás mundos habitados... donde por su atraso no conozcan todavía este trastornador invento.

MARTÍN ARAGONÉS

DEL BUEN HUMOR AJENO EL EXTRAÑO BOXEADOR O LOS MISTERIOS DEL RING

por CAMI

(La escena representa la casa de un viejo boxeador.)

EL VIEJO BOXEADOR.—¿Queréis que os cuente, amigos míos, la más extraordinaria anécdota de mi brillante carrera? Pues escuchad.

CORO DE OYENTES.—¡Escuchemos al viejo boxeador!

EL VIEJO BOXEADOR (después de haberse dado un directo sobre la nuca para aclararse la voz).—Esto pasó al principio de mi carrera, después de triunfar sucesivamente en las categorías de pesos-plumas, pesos-coq, pesos ligeros y medios pesos; acababa de ganar mis primeros combates con *no peso-pesado*, cuando fui invitado a lutar un gran *match* de boxeo en Clermont-Ferrant.

Mi adversario era un boxeador australian, llamado el «Invulnerable de Saint Flour», un hombrecillo enclenque y más pequeño que un *jockey*. La victoria del *match*, cuando me lo presentaron, creí se trataba de una burla, pero los organizadores del encuentro me aseguraron que su habilidad era tan extraordinaria, que allí donde le veía, había vencido a los *pesos pesados* de más reputación de la comarca.

—Es un boxeador formidable—añadían.
—Ya veremos mañana, les respondía yo, con un alzamiento de hombros significativo de todo el desprecio que me causaba la enteca apariencia de mi adversario futuro. Al primer puñetazo —pensaba—, a este ridículo espantapájaros lo envío al techo de la sala.



(De The Passing Show, London.)

LA CORTINA CORRIDA



(De weekly Telegraph, Londres.)

- ¿Estás cansada, mamá?
—Sí, hijo, no puedo ni mover una mano.
—¡Ah! ¡pues entonces te diré que me he comido la jalea!

Llegó el día del *match*. Un lleno formidable. Al primer *gond*, resolvi concluir rápidamente, pues me sentía ridículo ante aquel enemigo insignificante y le lancé un *directo* con todas mis fuerzas en plena boca del estómago. El boxeador auvernés no pudo parar aquel golpe brutal y se tambaleó durante unos segundos sin perder su serenidad. Su sonrisa irónica, desconcertante, me puso furioso, fuera de mí. El miserable se atrevió a atacarme a su vez, pero yo fácilmente paré su ataque y le dirigí de nuevo un segundo golpe, soberbio, decisivo, sobre el estómago. El boxeador auvernés no se inmutó. Siguió sonriendo. Sentí mi mano dolorida. A pesar de ello, le coloqué, en menos que se cuenta, tres nuevos *directos* en pleno vientre, pero sin apreciables resultados. El auvernés seguía sonriendo. Al segundo *round* decidí cambiar de táctica. Le coloqué magistralmente una serie de formidables pufizacos en la mandíbula, mas esta vez el boxeador auvernés rompió francamente en carcajadas...

Yo comenzaba a desesperarme. Al tercero, al cuarto, al quinto y al sexto *round*, a pesar de mis no interrumpidos *directos* y *crochets* violentos, emocionantes, mi enemigo permanecía impassible. Yo estaba realmente agotado, rendido de darle golpes. Al sépti-

mo *round*, reuní mis últimas fuerzas y envié a mi adversario un *cuádruple crochet* de izquierda, seguido inmediatamente de un *triple uppercut*, a la base de su mandíbula.

El diablo de aquel hombre fué literalmente elevado del suelo por mis puños como cosa de un par de metros, pero al instante volvió a poner los pies sobre el tapiz, flemático, indiferente, sonriendo con aquella sonrisa que helaba la sangre; al propio tiempo, yo lanzaba al espacio un agudo grito. ¡Me había roto mis dos puños contra aquella maldita mandíbula! ¡Me desplomé sobre el *ring*, retorciéndome de dolor! Entonces, sin defensa, a mansalva, aquel hombre se arrojó sobre mí y me golpeó sin descanso, hasta mi completo desvanecimiento...

El árbitro contó, impassible, los diez segundos reglamentarios, y el boxeador auvernés fué solemnemente proclamado vencedor en medio del entusiasmo general y de los aplausos ensordecedores de la multitud.

EL CERO DE OVENTES.—Pero, ¿era el dicho boxeador auvernés de vuestra historia el mismo diablo en persona? EL VIEJO BOXEADOR.—¡No; era el más grande canalla que haya jamás deshonrado el *ring*! Algún tiempo después, se descubrió la estratagema que daba la victoria en todos los encuentros a aquel miserable. Un buen día

tuvo un altercado en plena carretera con un peón caminero: el invulnerable boxeador atizó una bofetada al humilde trabajador; éste, para defenderse, le dió en la cabeza con su mazo de partir piedra. Ante la estupefacción de los testigos de esta escena, un pedazo de mandíbula del boxeador auvernés rodó por el suelo con un ruido de pedernal, separado de su cantera. Recogieron aquel pedazo de mandíbula y comprobaron exactamente un pedazo de piedra. El canalla concluyó por confesar: originario de un lugarejo de Saint Ailyre (Auvernia), conocido por su célebre manantial de agua petrificante, el canalla había tenido la idea de petrificarse las mandíbulas y los músculos que le cubrían el estómago con el agua de aquel maravilloso manantial.

Gracias a esta desleal estratagema, el boxeador auvernés era invulnerable y hubiera concluido por ser campeón mundial de boxeo, si el mazo revelador del peón caminero no hubiera descubierto el truco de su vida de pugilista.

El gran farsante murió poco tiempo después, víctima de su funesta invención. Un día que pescaba en una barca sobre el río de Saint Ailyre (Auvernia) se fué a pique, arrastrado por el peso de su mandíbula y de su estómago petrificados.

S.



(De Vit-Bite, Londres.)

EL LADRÓN (cogido infraganti).—¡Vaya suerte la mía! Acabo de gastarme cuarenta céntimos en cortarme el pelo y ahora en la cárcel me lo hubiera cortado gratis.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, aneja en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indique: «Para el Concurso de chistes.» Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Dos amigos se ven en el puerto de Málaga; uno de ellos viene de África y después de saludarse dice el recién llegado. —Chico, tengo un miedo atroz por al mí quitan esta Adamae un millón de Manila.
—No tengas cuidado, no le quitarán. Acto seguido se despiden en la forma siguiente:
—Bueno, José, ¡que lo peses bien!
A lo que respondió el otro: —No seas imbécil, ¡yo pes que te han dado los carabinieri!

Pedro Vizcaino.—Melilla.

—¿En qué se parece un chiste malo a una plaza de toros?
—En que en la plaza de toros quemas el sol, y el chiste malo quemas la sombra.

Bandera Negra.—Barcelona.

Acerfio.
—¿En qué se parece un pato a un cerro?
—En que nada.

Paco Laureles.

Colmos.
El de un cazador:
Matar el Ave-Maria con la carabina de Ambrosio.
El de la imposibilidad:
Hacer coquillas a un mosquito con un poste de telégrafos.

Miguel A. Remedo.—Valladolid.

—¿Qué señora de Licenciado puede hacer funcionar un aparato de radiotelefonía?
—La señora de un «Galeno», porque es «Galena».

T. Arben Torre.—Madrid.

Entre chicos:
—Oye, ¿por qué no balas a jugar con tu hermano a la calle?
—Porque no quiere mi papá, y es que como somos gemelos, nos quisieron meter en un puño.

El Bandolero Audaz.

—¿En qué país, cuando fallece una mujer casada, se queda el marido en mangas de camisa?
—En América; porque se queda sin americana.
—¿Y en cuál, cuando también muriese la mujer, entra el sol en la habitación?
—En Persia; porque se queda sin persiana.

Santiago Santacruz.—Madrid.

—¿Cuál es el colmo más chico y el más grande?
—El más chico, el colmillito, y el más grande, tener una docena de colmoses en el Estocolmo.

—¿Cuál es el ave que más pesa?
—El mochuelo, porque nadie quiere cargar con él.

Benjamín López.—Madrid.

—¿Cuál es la parte del Océano que es persona paciente y animal a la vez?

—El marítir-reno.

Zaratustra.—Cartagena.

En el ferrocarril de Alcantarilla a Lorca viajaban un cura y un andaluz, y como el tren marchaba a velocidad inferior a una tortuga, el andaluz empezó a blasfemar; entonces el cura le preguntó dónde iba, a lo que contestó el andaluz:
—A Lorca.
—¿Pues hijo mío, donde vas a este paso es al infierno

—No se apure usted, padre, que leve billete de vuelta.

Onofre García.—Archena.

La ciencia no se equivoca, sin dolor de muelas vive el que usa para los buche Licor del Polo de Orive.

En la casa de préstamos.
—¿Es verdad que aquí se da dinero por alhajas y efectos?

—Sí, señor.

—Entonces deme unas pesetas por el efecto que me causó el vino ayer.

El Chocolatero.—León.

Entre dos amigos.
El primero.—¿Cómo pretendes que te quiera Pepita si eres un perfecto melón?
El segundo.—Pues precisamente porque soy un melón necesito mi correspondiente Pepita.

Mariano González.—Segovia.

Rasón que convence.

—¿Conque por fin has tenido fuerza de voluntad y has dominado el odioso vicio de la bebida?

—Sí, hombre; desde que vive conmigo la madre de mi mujer, he procurado beber cada día menos.

—Comprendido; tendrá mal genio y querrá evilar disgustos.

—No es por eso, es que cuando entra en casa a medias pelos, veis a mi suegra doble.

Pedro Sorio.—Madrid.



GRAN VÍA, 18
JUGUETES
COCHES DE NIÑO

El colmo de un «torero matemático»:

—Sumar las palmas y los plios. Restarle fuerzas al toro.

—Multiplicar los peones. Dividir las opciones.

—Poner un par de banderillas elevando los brazos a la «cuarta potencia» y cuadrar el toro con una regla de tres.

«Pan-Ta-Jo».—Madrid.

LA PAQUITA NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

BALBINO CERRADA

41, Antonio López, 41

Teléfono 23-33 M.

(A cinco minutos del Puente de Toledo)

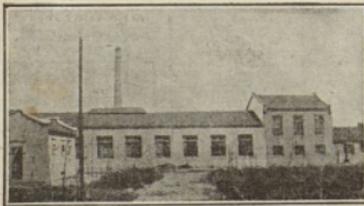
MADRID

Se fabrica toda clase de papeles de edición, sulfonados, finos, dibujos, escribir, etc.

ALMACEN:

Plaza del Matute, 6

Tel. 10-05 M.



HERNIAS
Urgentes o crónicas
Tratamiento
J. Campos
Único MÉDICO
ORTOPÉDICO
de MADRID
Argus Figueroa 8

Lamentabse con un vecino un pobre hombre que había puesto una papelería, de que los estudiantes no le compraban cuartillas a 0,30 pesetas el 100.

—¿Cómo quieres que te las compren si en la papelería de al lado venden mil hojas a 0,30?

Kalomo.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATIRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,30 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,30 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,60 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

Unión Postal

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5. BILBAO: Gran Vía, 2.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza. Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter. Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanse negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angolical Cutis. LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da el cutis *blancura fina y fina* envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*projección, manchas, rosuras grasientas*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífico Belleza. Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza. Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envilecidos *tonía* y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensivo, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza. CREMA ALMENDRO-LINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y, en general, todo el cutis de manera admirable. Es seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *grain finura, hermosura y juventud*.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantiza estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desanuzen las canas, devolviéndonos su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, *sin faltarlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *berpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa.—Havana: droguería de Sarri, Teniente Rey, 41.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR



B Baldrich 24.

Dib. BALDRICH.—Madrid.

—Allí tienes a Amelia, que, al compás del shimmy, está dibujando curvas por el salón. Pues como pierda el compás, no va a poder seguir dibujando curvas.